

—¡Es un viejo loco!

—No es para tanto. Además, no hay otro lugar donde dejar a Marcos por tantos días.

La discusión llevaba ya un largo rato. Las palabras me parecían flechas invisibles lanzadas por el aire, flechas que llegaban hasta el otro cuarto donde, como siempre, yo dibujaba monstruos.

Cuando las palabras «viejo loco» atravesaron la puerta, puse el lápiz a un costado y esperé. Sabía que mis padres nunca se ponían de acuerdo cuando hablaban sobre el abuelo Felipe; pero ahora el asunto era mucho más importante que de costumbre.

Hacía un par de años que no veía al abuelo, pero pensar en él me despertó un sentimiento tibio en la barriga y también un montón de dudas: mamá siempre decía que el abuelo era una mala influencia para mí.

Me acordé de cuando íbamos juntos a pescar y empecé a reírme solo. Sí, el abuelo podía ser una mala influencia. Todavía podía verlo allá en la playa,

hablándome bajito, señalándome las muchachas que pasaban con unos trajes de baño casi invisibles.

De todos modos, ahora la discusión era distinta: mis padres tenían que hacer un viaje, ese mismísimo viaje del que habían hablado durante mucho tiempo, y necesitaban un lugar seguro donde dejar a un niño ejemplar y educado, o sea, yo.

—¡Siempre ha sido muy bueno con Marcos! —decía papá.

10 —Sí, pero es muy distraído y fuma demasiado; un día se le va a prender fuego la casa —insistía mamá.

—No seas exagerada. Además, tu hermana no tiene lugar, así que mi padre es la única solución.

La discusión seguía, pero yo sabía que en cualquier momento llegarían a un acuerdo. Después de todo, serían solo quince días y se trataba de ese famoso viaje con el que tanto habían soñado.

—¡El abuelo Felipe! —dije en voz alta aunque nadie podía escucharme.

Ese viejo flaco y pelado, de cara cómica, al que le gustaba leer novelas policiales y escuchar música extraña. Ese viejo de manos grandes y piernas finitas que siempre andaba fabricando unos aparatos que nunca servían para nada.

—¡Está bien! —suspirió finalmente mi madre—. Pero vas a tener que hablar con él, explicarle todo... Que trate de ser responsable, aunque sea una vez en su vida.

Mi padre contestó algo, pero no pude escuchar con claridad.

Bueno, todo resuelto: me quedaría quince días en esa vieja casa cerca de la playa. Decían que el abuelo la había construido con sus propias manos, que había levantado las paredes de bloques y tablas y que había hecho los pisos de madera, uniéndolos clavo por clavo; pero eso me parecía una exageración. ¿Quién podía tener tanta paciencia? ¡Eran millones de clavos!

Sentí hormigas en el estómago y, como me gustaba mucho pensar en todas las cosas, traté de saber por qué. ¿Estaba nervioso por tener que vivir con alguien a quien mi madre consideraba un mal ejemplo? ¿O era que nunca había estado tanto tiempo lejos de mi casa?

Supe que aquella sensación me venía por las dos razones al mismo tiempo y también por otras. Algo, una especie de alegría nerviosa, hacía que mi corazón latiera con más fuerza.

La casa vieja, el abuelo que fumaba muchísimo, los aparatos, la música, la playa cercana... eran muchas cosas juntas que me venían a la cabeza igual que en una película.

Pensé que el asunto podía ser divertido, una especie de aventura, y casi, casi tuve ganas de que llegara ya mismo el esperado día del viaje.

Sonreí. Acababa de recordar que en la casa había un cuarto maravilloso, que era como una torre chica donde podría jugar a los viajeros del espacio o sentarme a

dibujar frente a las ventanas de madera que daban a la playa.

Esa noche durante la cena, mientras mis padres hablaban muy contentos de los lugares que visitarían en su viaje, seguí pensando en las cosas que necesitaba llevarme a la casa del abuelo: los lápices de dibujo, la pelota de fútbol...

Pero nunca imaginé que, en realidad, estaba a punto de comenzar una aventura increíble.